

EL NIÑO CON OREJAS

Vicente Molina Foix



ALT
autores

El niño con orejas
Vicente Molina Foix



El niño con orejas

© Vicente Molina Foix, 2020

© Sobre la presente edición: Editorial Alt autores

Diseño de cubierta: © Sergio Verde (www.sergioverde.com)

ISBN: 978-84-17400-65-1

Para más información sobre la presente edición, contactar a:

Editorial Alt autores

Henao, 60. 48009 Bilbao (España)

CIF: B95888996

www.altautores.com

Índice

[Los ladrones de niños](#)

[El hombre verde](#)

[Los abanicos de la reina](#)

[La cátedra parlante](#)

[El niño con orejas](#)

Los ladrones de niños

De la larga cadena de desgracias que sacudió la provincia de V. en los primeros años 70, la que más se recuerda es «el crimen de los calzones cortos», pues así fue llamado el extraño caso de los niños robados. El invierno había sido duro; extrañamente frío para unas tierras donde crecen las plantas tropicales y se lanzan al mar algunos atrevidos en enero. Y en enero precisamente el timonel de un barco *golondrina* pescó en la bocana los pantalones de un niño que siete días antes se había perdido al salir del colegio. Estaba aún el teniente de la Guardia Civil haciendo el atestado del hallazgo de esa prenda «desgarrada en la zona inguinal» cuando empezó a llover. No dejó de caer agua en cinco días, y los padres del niño, evacuados en autogiro de la finca «El Rosal», coincidieron en el cuartelillo con los más afectados por las inundaciones: cien familias humildes, los viejos del asilo, siete autocares de turistas suecos de camino hacia el sur.

En febrero, cuando aún se circulaba por la carretera nacional sobre un pontón de tablas levantado provisionalmente, un cabo zapador descubrió unos tirantes atados a una rama en el campo de tiro del cuartel. En aspa y con tinte de yodo en las hebillas, parecían haber sido colocados de esa forma como señal o símbolo. Una madre recientemente viuda y cuatro hermanitas reconocieron los tirantes como pertenecientes al niño Rafael, único hijo varón de un hogar desahogado de labriegos. Este segundo

hallazgo «macabro y misterioso», como dijo un diario, hizo intervenir al juez, y se empezó a hablar del «caso de los niños».

En abril de ese año la policía tenía ya ocho denuncias de desapariciones, todas de niños comprendidos entre los doce y los quince años. Y en mayo, hurgando en los escombros de un edificio de vecinos hundido por el gas, se hallaron los zapatos, atados uno al otro con los cordones, del niño más famoso, el hijo primogénito de las Zapaterías Zaragoza, «los reyes del calzado de goma». Habían perecido diecisiete personas en la explosión, la consola de los del 5.º-D apareció en la playa con esquirlas de carne humana en sus repisas, pero en la suela de uno de los zapatos del niño Zaragoza había un dibujo a dos tizas de una casa y un lago.

Fue a raíz de esa tercera pista que llegó a la ciudad el comisario De Merlo, subjefe de la Brigada Criminal de Barcelona y hombre precedido de una siniestra fama: a lo largo de los años 40 se había encargado de las depuraciones políticas en Cádiz y provincia. Llamó la atención en la ciudad su anuncio a través de la radio y los periódicos: las familias con niños en la edad peligrosa debían no solo extremar su vigilancia sino tener presente cada día —y anotar— el atuendo de los muchachos.

Tras la llegada a la ciudad del «Carnicero de Arcos» hubo un mes de tregua. Ningún niño perdido, ninguno aparecido, ninguna pista nueva de los cinco sin pistas. La labor de De Merlo, callada y sinuosa, no tuvo efectos visibles, pero se confiaba en ella. Y un jueves por la tarde, en las inmediaciones del colegio del Buen Maestro, cuatro coches sin placa de la comisaría rodearon a un hombre que arrastraba a un niño hacia una furgoneta que «olía a carne

pútrida». Madres de otros niños vecinas del colegio se asomaron en bata a los balcones y le tiraron huevos y mondas de patata al sospechoso, un tratante de ganado vacuno nacido en Fermoselle, provincia de Zamora, inocente de todos los delitos y —tan solo— culpable de querer llevarse por la fuerza a su único hijo, confiado a la custodia de la madre tras una disputada separación matrimonial. El despliegue del parque de automóviles y de las dotaciones policiales, la ira de las madres que, al saber la verdadera causa de ese rapto, se convirtió en simpatía por el desconsolado tratante zamorano, la emoción suscitada en los catorce padres (había otro huérfano) después decepcionados, hizo que se empezaran a oír en la ciudad los primeros comentarios de duda y de desprecio sobre «El Verdugo de Rota».

La desaparición novena coincidió con un horrible choque de vehículos en la avenida Máñez, arteria principal de la ciudad, que produjo seis muertos, todos muy conocidos, y seis heridos graves. Hubo que desempotrar un Renault de un Seat, sacar un parachoques del asiento corrido de un Citroën, cortar dos alcornoques contra los que un segundo Seat 600 había ido a dar, para así poder rescatar a los cadáveres. Y al podar las ramas del primero, ya caído en tierra, se descubrió en una la gorrita de un niño marcada con carmín.

Llegó De Merlo al lugar de los hechos con tres subordinados, hombres todos, se dijo, formados a su lado en los sangrientos días gaditanos. Los tres llevaban un sombrero achaflanado con tafilete blanco, usual, opinó un curioso, entre la policía secreta de Chicago, y los tres se lo quitaron en señal de respeto ante tanto cadáver apilado en la acera; «El Azote del Puerto», sin sombrero, tomó con

guantes la gorrita azul cobalto con escudo bordado, y desde la avenida se dirigió directamente al colegio de los Padres Marianistas. El padre director reconoció la gorra como prenda reglamentaria, aunque descolorida y con muchos pelados, del uniforme del colegio, y en el forro las iniciales del mejor estudiante de tercero y primer secuestrado de la lista.

De Merlo y sus secuaces comparecieron ante una asamblea de afectados reunida con mucha exaltación en el Ayuntamiento. El caso había cobrado renombre nacional, y la propia cabeza de «El Terror de Jerez» estaba en peligro, pese a su pasado. En Madrid había gente —colegas, altos cargos, un ministro sensible— que empezó a preguntarse si este antiguo matón era el más indicado para un caso de tan refinada maldad, más propio de un enfermo que de un facineroso.

De Merlo se comportó hábilmente, persuasivamente. Consoló una a una a las madres, y, apartando a los padres, les habló de venganza. Aseguró estar en «el sendero adecuado», «pisando los talones a la bestia inhumana», y se apoyó en sus hombres, a quienes presentó a la asamblea.

—Yo voy a ausentarme de la ciudad, buscando huellas fuera. Pujalte y Alcolea serán mis delegados—. Y señaló a los policías más fornidos. El tercero, delgado y con un ojo en blanco, sonrió mientras tanto, y salió con De Merlo una vez acabada la reunión.

Pujalte y Alcolea fueron muy eficaces. A ellos se debió la detención de un maleante que, estimulado en las más frías dependencias de la comisaría, acabó confesando un delito distinto a los que abultaban su ficha: había descubierto y después encubierto una casa de campo donde lloraban

niños y se oían serruchos. De acuerdo con Pujalte, Alcolea dispuso que nada se dijese ni a padres ni a periódicos de esa detención; el ladrón, Zapater, fue puesto en libertad estratégicamente, y se le vio rondar los bares del Mirador, mientras en Jefatura, en un mapa con luces y banderas, se seguían sus pasos y se cegaban pistas.

Fue Alcolea, seguido muy de cerca por Pujalte, quien forzó pistola en mano la puerta de estacas de un cobertizo anejo a la casa, mientras el maleante, cumplida su misión, volvía a Jefatura con la cara envuelta en una manta. Era esa la casa, Zapater no mentía. El cobertizo estaba lleno de poleas y sierras, seis jergones deshechos con sus almohadas de pluma blanca ocupaban el suelo, que era de tierra roja, y Pujalte, con un guiño, llamó a Alcolea para que viera *algo*, un banasto de mimbre lleno de ropa sucia, que fue inmediatamente transportado al coche celular. Seres vivos no había; solo huellas, y un gato, que fue sacrificado porque al abrir las puertas sus ojitos fosfóricos asustaron a un guardia con el gatillo fácil. Pese a todo, en la ciudad cundió una oleada de admiración por los dos delegados; solo había un cuerpo, el del gato, pero se oyeron cuentos muy esperanzadores sobre la ropa hallada en el banasto. De «El Rufián de Chiclana» ya nadie se acordaba.

Sucedió entonces la horripilante tragedia del Gran Hotel Menargues, incendiado a manos de un pirómano que se autoinmoló después con gasolina para olvidar el *no* de una recepcionista. Veintinueve personas murieron en el primer minuto del incendio, envueltas en el plástico de la sala de juntas, y aún hubo otras víctimas: seis botones clavados en sus puestos por los alfilerazos de las llamas, los dos ascensoristas atrapados en sus correspondientes camarines, el maletero, el maître, la gobernanta, el dueño,